

# EL NUEVO MUNDO DE PABLO MONTROYA

ANA CRISTINA RESTREPO JIMÉNEZ

MIRADA ÍNTIMA AL GANADOR DEL  
PREMIO RÓMULO GALLEGOS 2015

UN MUNDO LITERARIO FORJADO DESDE  
EL SILENCIO, LA POESÍA Y LA MÚSICA,  
PERO TAMBIÉN DESDE EL RUIDO  
DE LOS OBSTÁCULOS. DESDE LA  
OBSTINACIÓN Y LA RESISTENCIA.

TRAZOS DEL MAPA  
DE UN ARTISTA MADURO



**E**n el siglo xv, el pintor y cartógrafo Jacques Le Moyne dejó atrás los paisajes de Normandía para explorar las tierras del mundo recién descubierto en la otra orilla del gran océano.

Con la llegada de Cristóbal Colón a América, los europeos retiraron un velo de los mapamundis. Los trazos de aguas azarosas y criaturas marinas se transformaron en tierra firme. El “descubrimiento” le otorgó existencia a un continente que desde el quiebre de Pangea se paría a sí mismo, crujía y maduraba.

La aventura de *Le Moyne* es la primera pincelada de la novela histórica que, de repente, ubicó a Pablo Montoya en el atlas de la *gran literatura colombiana*. El pasado 4 de junio, el jurado del XIX Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos anunció que la obra *Tríptico de la infamia* era la ganadora entre siete finalistas.

La prensa nacional presentó al poeta, cuentista, crítico, ensayista, novelista y profesor universitario como un continente inexplorado... pese a los casi veinte años que han transcurrido desde su primera publicación.

Son evidentes el respeto y la curiosidad, pero también la reserva ante el nuevo mundo que para muchos representa la obra de Pablo José Montoya Campuzano.

## I

Diciembre de 1992. En una plaza en las afueras de Tunja, a la media noche, el pueblo celebra la Navidad en una verbena animada por Los Diablillos de Colombia. El frío parece piadoso al son de porros, cumbias y merengues. Puro *chucu-chucu*. El maestro de la orquesta, formado en escuela, toca el saxofón y baila al ritmo de sus compañeros, músicos empíricos que brillan en la tarima por el metal de los instrumentos y los vivos coloridos de sus camisas tropicales.

A las cuatro de la madrugada, Pablo Montoya, el saxofonista, deja atrás la alegría de la fiesta; en la penumbra, camina entre las bancas donde reposan los borrachos. Los demás integrantes de la orquesta cambian el ritmo de sus instrumentos por el de las muchachas del pueblo. El “maestro” regresa al bus. Solo. No ha bebido ni una cerveza. Una ruana lo protege del hielo del amanecer.

Antes de mudarse de Tunja a París, Montoya estaba asfixiado por las deudas. Entre el primero de diciembre de 1992 y el seis de enero de 1993, el entonces joven escritor, músico, esposo y padre de una niña de seis años, recorrió sin tregua “el Boyacá profundo” con orquestas bailables (también hizo parte de Los Imperiales de Colombia). El agite de las carreteras y la búsqueda infructuosa del silencio nunca fueron gratos para el intérprete de estudiantina y sinfónica. Pero el salario navideño de una banda tropical merecía el esfuerzo.

“Cuán vano es sentarse a escribir cuando aún no te has levantado para vivir”, diría el poeta Henry David Thoreau.

Pablo Montoya no se ha sentado a escribir en vano...

## II

Cuando José de Jesús Montoya, nacido en Copacabana, culminó el año rural en Carolina del Príncipe, decidió quedarse. Nunca pensó que los ímpetus de la violencia partidista acabaran con su tranquilidad en ese pueblo conservador. Los comentarios incómodos y el rechazo de los pacientes con espíritu chulavita asolaron su consultorio: ¿Cómo tolerar que el médico de la familia atendiera a heridos liberales?!

Con su esposa, Mariana Campuzano, de Yolombó, viajó a Barrancabermeja, donde trabajó con el ejército y en Ecopetrol. En la ciudad santandereana logró cierto esplendor económico, y compró fincas y acciones en un hospital.

Mariana se había casado a los veinticinco años y desde entonces no cesó de parir. Su marido le advertía sobre las formas de contracepción, pero ella, tan creyente, no las aceptaba: “Mi mamá tuvo abortos de tres meses. Cogía el feto y lo bautizaba ella misma con agua bendita que recogía de la iglesia —recuerda el escritor—. Un feto no tiene existencia, ¿un feto para dónde se va? ¡Para mi mamá, tenía alma! Había que salvarlo como fuera posible. Después, lo enterraba en el jardín de la casa”.

Once hijos —seis mujeres y cinco hombres— sobrevivieron de dieciséis partos. Pablo José, el noveno, nació en 1963. La gran familia vivía en Discredial, un barrio de clase media-alta construido por el gobierno.

---

Pablo abre un estuche negro forrado en el interior con un paño de color uva. Saca una flauta traversa bañada en plata, con uno que otro destello verdoso. Arma el cuerpo. Coloca sus labios en la boquilla, dispuesto a tocar el instrumento. Interrumpe la acción, levanta las cejas y retira la flauta: “Nunca pude despedirme de mi papá”. Vuelve a su caña de plata, juega con ella y, con timidez, la hace cantar...

---

En una de sus recientes visitas a Barrancabermeja, un vecino y amigo de juventud de sus hermanos mayores llevó a Pablo a la casa donde vivía su familia cuando él nació. “No tengo recuerdos claros de Barrancabermeja pero tengo una memoria táctil. Cuando llego allá, me siento en casa: los ríos, los olores, la luz”.

El autor de *Tríptico de la infamia* debe a su madre el amor por la lectura. Mariana se levantaba a las cuatro de la mañana para preparar los desayunos. Después del almuerzo, solía dormir una hora y media; sin embargo, con la menopausia perdió el sueño. Cuando Pablo llegaba de la escuela a la una de la tarde, la encontraba leyendo los libros de la colección de Colcultura.

Sus primeras lecturas de niño fueron en casa: las fábulas de Rafael Pombo y los cuentos de Hans Christian Andersen. La Colección Ariel Juvenil Ilustrada ocupa un lugar privilegiado en su memoria: cada ocho días publicaba resúmenes de grandes libros, así como obras completas. En ella leyó “La leyenda de san Julián el hospitalario” o “Un corazón sencillo”, de Gustave Flaubert; también a Balzac y Salgari.

De ahí pasó a la literatura colombiana de Colcultura.

“Mi mamá hacía la censura [literaria], era muy arisca con lo comunista”. Con la fuerza de la fe, le repetía a su hijo que se parecía a santo Domingo Savio, y que debía ser sacerdote. Mariana era una lectora tan constante y juiciosa que, años después, leyó completa la *Historia de Jesús*, de Giovanni Papini, obra que Pablo había recibido de su padre “en medio de una crisis”.

“El testamento del alma” fue una serie de cartas que Luciano Ramírez, bisabuelo por el lado materno, escribió para sus hijas. En la familia especulan que de aquel escritor didáctico, un moralista en el sentido católico de la palabra, proviene la pluma del novelista galardonado.

Después de dieciséis años en Barrancabermeja, se esfumó la prosperidad de los Montoya Campuzano. Un amigo y socio traicionó a José de Jesús. Entre tanto, la devoción y el catolicismo de Mariana habían alcanzado su límite en esa tierra de clima infernal, donde el auge del petróleo parecía exacerbar la degeneración y la lujuria de los barramejos. En 1966 se mudó con sus hijos a Medellín. Dos años después, su marido también regresó y abrió un consultorio en Bello.

Pablo estudió la primaria en la escuela Juan María Céspedes, del barrio Belén, y cursó el bachillerato en el Liceo Antioqueño.

El padre depositó todas sus esperanzas en su noveno hijo, quien ingresó a la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, gracias al Premio Fidel Cano, entregado a los mejores bachilleres.

### III

El médico orgulloso le ofreció un regalo a su hijo como estímulo por su rendimiento académico. Eligió una flauta traversa. El muchacho ya dominaba la flauta dulce e incluso había interpretado la quena, en los días del furor de la música andina. Con su amigo Hugo Espinosa, había tomado algunas lecciones de flauta traversa.

Pablo fue un músico tardío. Empezó a estudiar a los dieciséis. La música lo apasionó



desde aquellos domingos lejanos en que su padre escuchaba vinilos de óperas de Giuseppe Verdi, Gioachino Rossini y Vincenzo Bellini. Aún conserva esos discos.

Pablo empezó a estudiar solfeo en la casa de Gabriel Uribe (padre de la pianista Blanca Uribe), primera flauta de la Sinfónica de Antioquia. Dedicaba hasta seis horas diarias a la flauta travesa, al estudio de las sonatas de Friedrich Händel y Antonio Vivaldi. Un año después, el maestro Uribe le dijo: “Me lo voy a llevar para la Sinfónica, usted ya tiene el nivel”.

En el cuarto semestre de medicina, Montoya decidió abandonar la universidad: sacudió las ilusiones de su familia. Su madre aprobó la decisión, pero su padre anunció que le retiraría el apoyo económico.

Sin un peso en el bolsillo, partió hacia la capital... de Boyacá.

Pablo quería huir de su casa, de la ciudad, conocer otros rumbos. Eligió a Tunja porque en la Escuela Superior de Música recibían músicos tardíos y estudiantes provenientes de otras carreras. “La escuela resultó ser un ‘elefante blanco’, no estaba aprobada por el ICFES”, recuerda el escritor.

En las mañanas ensayaba con la orquesta y en las noches tocaba en conciertos; por la falta de tiempo para estudiar durante el día, se inscribió en una carrera a distancia: Filosofía y Letras, en la Universidad Santo Tomás de Aquino. Comenzó en 1987, se graduó en 1993.

A los veinte años, se encontraba en una situación financiera muy difícil, trabajaba en colegios como profesor de flauta dulce y daba serenatas nocturnas de pasillos y bambucos.

En 1984, después de siete meses en Tunja, recibió una encomienda: una caja con bocadillos, arequipe, arepas, chocolate y tres libros. Se trataba de una traducción al español de *La ópera, enciclopedia del arte lírico* de Roland de Candé. Llegó con una carta de su madre y otra de su padre, quien, en medio de su derrota y tristeza, lo apoyaba. Pablo “devoró” toda la enciclopedia, de la cual sobrevive solo un libro original (en la casa de su primera suegra, en Niquía, su biblioteca estuvo sometida a un saqueo). Después conseguiría los otros dos tomos en su idioma original.

Fue una reconciliación tan necesaria como oportuna.

El padre de Pablo tomaba tinto en las tardes con su amigo Diego, un distribuidor de cervezas que vivía en Belén. A diario, lo recogía a las ocho de la mañana en Laureles y volvía por él al final de la jornada, para cumplir con el ritual.

Una mañana, José de Jesús no quiso levantarse. Con sesenta años y agobiado por sus fracasos económicos, se había convertido en un alcohólico y fumaba sin cesar. Padecía de enfisema pulmonar. En casa lograron convencerlo de ir a trabajar. Salió a las once de la mañana y, al final de la tarde, se dirigió a cumplir con su compromiso habitual.

Al llegar al encuentro, observó de cerca a dos tipos que tenían encañonado a su amigo. “¡Doctor Montoya, vélese que me están atracando!”, gritó Diego. Una mujer que vigilaba el territorio para los criminales le disparó. La bala atravesó sus pulmones.

El estudiante de música regresó un par de veces a Medellín para visitar a su papá: tan



Fotos Archivo personal Pablo Montoya



pronto supo que estaba en la clínica, y en su primera recaída.

José de Jesús falleció dos meses después de aquel día que no quiso salir a la calle.

Al final de la narración de ese episodio, en la sala de la casa de la familia Montoya Toro, Pablo abre un estuche negro forrado en el interior con un paño de color uva. Saca una flauta traversa bañada en plata, con uno que otro destello verdoso. Arma el cuerpo. Coloca sus labios en la boquilla, dispuesto a tocar el instrumento. Interrumpe la acción, levanta las cejas y retira la flauta: “Nunca pude despedirme de mi papá”.

Vuelve a su caña de plata, juega con ella y, con timidez, la hace cantar...

### ¿Por qué desistió de ser músico?

**P.M.:** Yo quería ser compositor. No pude serlo porque no tenía oído absoluto, era una pelea muy grande contra esa limitación. Segundo, quería irme a estudiar musicología en la Unión Soviética porque el director de la escuela donde yo estudiaba había sido formado allí y conseguía unas becas para los mejores estudiantes con el Partido Comunista Colombiano. Pero, felizmente, se cayó el comunismo. Me gustaba la musicología por la relación música-literatura, entonces hice mi tesis de grado y de posgrado sobre el tema. Yo me metí a la literatura a través de la música.

### ¿Cuándo decide dedicarse definitivamente a la escritura?

**P.M.:** Cuando comencé a ganar concursos, cuando empecé a ver luz verde. Con un cuentico musical “Eutimio, el clarinetero”, que nunca he reconocido como hijo mío, me gané un concurso regional de una caja de compensación familiar en Boyacá. Me dieron una máquina de escribir eléctrica, con la que hice todos los trabajos de Filosofía y Letras, escribí los cuentos de música y los *Cuentos de Niquía*. En 1993, cuando me gané un concurso en Bogotá, de *El Tiempo*, fue como un corrientazo. En 1995 envié los cuentos de *La sinfónica* a Colcultura y quedé de segundo [el ganador fue Efraím Medina, con *Cinema árbol y otros cuentos*].

### IV

A los veinte años escribía poemas sobre los amigos, el padre, el paisaje, Tunja, las iglesias. Homenajes íntimos inspirados en las prosas poéticas de Álvaro Mutis y la obra de John Percel. Fue un primer periodo de aprendizaje solitario.

Esos escritos fueron a dar a la caneca de basura. Algunos siguen perdidos, en carpetas.

La etapa de poeta cedió el paso a la de cuentista. En 1990 hizo una pausa de su vida en Boyacá, para volver a Medellín. Asistió a los talleres de escritura con Jaime Jaramillo Escobar (el maestro nunca lo calificó con más de 3.5) y Manuel Mejía Vallejo.

Le presentó dos cuentos a Mejía: el primero, sobre espantos, cuyo original nunca retornó a las manos de Pablo. Su trabajo siguiente fue

Algunas de las obras de Pablo Montoya hacen parte de una corriente narrativa que comienza a principios del siglo xx, muy vinculada a la novela histórica, y que podríamos llamar neobarroco. Su gran nombre sería Alejo Carpentier. Novelas como las de Germán Espinosa pertenecen también a esa vertiente. Es una literatura culterana, hecha por eruditos, con un manejo muy sofisticado del lenguaje, que interesa a un público muy particular. No tiene un lector masivo. Son obras producto del estudio de muchos años, de una pasión por el lenguaje, de una solidez constructiva, pero que a veces pueden ser un poco frías. A Colombia le hace falta una voz así, para que cubra una tradición que ha sido importante. Por otra parte, es saludable escribir sobre temas ajenos a la violencia local.

Piedad Bonnett,  
para *Revista Universidad de Antioquia*  
Finalista del Premio Rómulo Gallegos 2015

*Anecdotario musical*. El autor de *La casa de las dos palmas*, premio Rómulo Gallegos 1988, le preguntó:

- ¿Usted escribió ese cuento?
- Sí, maestro.
- ¡No es posible que usted haya escrito ese cuento!
- ¿Por qué, maestro?
- No, es que yo no lo puedo creer, ¿de dónde sacó ese cuento?... Pero si usted lo escribió: ¡lo felicito!

Esa obra sería finalista en el concurso de Transempaques. El cronista Juan José Hoyos, quien había sido jurado del mismo y dirigía la *Revista Universidad de Antioquia*, publicó el cuento.

En 1993 obtuvo el primer premio del Concurso Nacional de Cuento Germán Vargas. Su primer libro publicado, *Cuentos de Niquía* (1996), fue editado por Vericuetos, en París, con la ayuda del socorro católico.

Ya en París, con la elaboración de la tesis sobre la música en la obra de Alejo Carpentier, comenzó a frecuentar el ensayo. Leyó toda la obra ensayística del autor cubano: “Durante catorce años, Carpentier publicó todos los días una columna, pequeños ensayos, en *El Nacional* de Caracas”, dice. También leyó los ensayos de Julio Cortázar y de varios franceses que escribieron sobre música y literatura. La *Revista Universidad de Antioquia* publicó los ensayos escritos por Montoya sobre literatura francesa (Albert Camus y Michel Tournier, entre otros), y sobre músicos como Wagner y Berlioz.

#### ¿Por qué su interés tan marcado en Carpentier?

**P.M.:** En un principio, lo que me interesó de Carpentier fue la música: *Los pasos perdidos*, *Concierto barroco*. Es el padre de García Márquez y de Germán Espinosa, quien se enojaba cuando le decían que su mundo era carpenteriano. Me gusta el esplendor de su prosa, la sensualidad. Después empecé a tener diferencias con él, como todo discípulo con su maestro: su posición política, ese americanismo a veces tan extremo. Me parece que la crítica que le hace a Europa sobre el surrealismo es falsa. ¡Todo lo de él es surrealista, es la misma perspectiva! Hace poco releí *El recurso del método* porque tenía que dar una conferencia en Francia: me pareció agotadora, muy farragosa, por momentos te aplasta la erudición.

#### ¿Cuáles ecos siente en la escritura propia?

**P.M.:** He tenido periodos. La primera influencia fue Juan Rulfo, en los *Cuentos de Niquía*; en *La Sinfónica*

y otros cuentos musicales, Carpentier y Cortázar, y los escritores que han escrito sobre música: Tolstoi, Thomas Mann, Balzac. En *Viajeros* aparece mucho Borges. Los poemas en prosa parten de la lectura que hice de [Jorge Luis] Borges, [Charles] Baudelaire, Henri Michaux y los minicuentos sobre la historia de América, en *Memoria del fuego*, de Eduardo Galeano. La visión mía es completamente distinta, la de Galeano es proselitista. *Trazos*, dedicado a pintores, y *Programa de mano*, a músicos; permanece esa influencia. En *Lejos de Roma* y *Tríptico de la infamia* hay mucha influencia de Pascal Quignard. Alguien me dijo que le recordaba a Albert Camus: por la frase corta, la poeticidad de la prosa. La literatura francesa me ha ayudado mucho a separarme de la influencia propiamente latinoamericana de Carpentier o de Borges, y a desdeñar completamente la de García Márquez o de Vargas Llosa. Con el tiempo uno va asimilando esas influencias y las acomoda a la propia personalidad.

### ¿Por qué de García Márquez?

**P.M.:** Porque es un estilo ya hecho. Lees a Juan Gabriel Vásquez: la prosa, la sintaxis, ciertos mecanismos narrativos. Es, a veces, excesivamente garcía-marquiano. La sintaxis de William Ospina también es muy garcía-marquiana.

### ¿Cómo es su proceso de escritura?

**P.M.:** Ha sido algo progresivo. Yo soy un escritor de fragmentos y después los voy uniendo. Entre las primeras versiones y las últimas hay una distancia abismal. Trato de escribir lo que se me viene, la idea, la inspiración que es como un impulso: ahí cometo muchos errores, muchas repeticiones, frases mal escritas, pero me dejo llevar por el torrente. Escribo a mano esos primeros bocetos que son como la raíz de los textos. Cuando encuentro más o menos que hay una geografía textual acabada, me pongo a escribir en el computador. Las novelas que he escrito son históricas, lo que hago es un trabajo de lecturas sobre el tema. Me acuerdo que para *La sed del ojo*, una novela sobre la desnudez, leí mucho sobre el vestido, la fotografía, la discusión estética en torno a ella; la pintura, la pelea entre ellas a ver cuál representaba mejor la figura femenina. Tomo notas. Algunas lecturas me impulsan a escribir fragmentos. Una vez termina la investigación, que en la última novela es muy fuerte, la filtro a través

de un estilo poético: trato de aligerar un poco toda esa erudición, esa información que podría ser aplastante. El gran problema de Germán Espinosa y R.H. Moreno-Durán es la información histórica, son demasiado eruditos.

### Los medios lo han presentado a usted como un “autor desconocido”, ¿cómo es posible, después de una producción literaria tan prolífica?

**P.M.:** Desde el siglo XIX hasta nuestros días, la literatura colombiana ha sido centralista, como es el país; hay unos poderes políticos y culturales establecidos en Bogotá, y que han mirado con un poco de desdén las manifestaciones culturales regionales. Carrasquilla siempre se burló de ese centro. Lo que pasó con García Márquez también es de la región, y es regional lo que él escribe. Creo que hay una línea de continuidad entre Tomás Carrasquilla y García Márquez: la apuesta por la región, pero García Márquez tiene que pasar por Bogotá y por *El Espectador*, que es un centro de poder literario y cultural muy fuerte. García Márquez le dio la posta al político oculto, al abogado que escribía, que era lo que había pasado con Pedro Gómez y Eduardo Caballero Calderón, de esa vertiente política de derecho. El centro literario sigue estando en Bogotá pero sigue estando en manos de escritores-periodistas. También entra el poder editorial y coopta a todos esos escritores que están en la órbita periodística, en el poder literario o cultural bogotano, así algunos hayan nacido o vivan en otras regiones del país. Por ejemplo: Héctor Abad y Alberto Salcedo Ramos. Abad tiene más poder político-cultural que todos los demás.

### ¿Qué cree que ha sucedido con su obra?

**P.M.:** El caso mío es que no pertenezco a ninguna familia importante. Yo vengo de una familia sin cultura literaria, sin cultura de ningún tipo. Me fui muy rápido para Tunja, que es mucho más periférica que Medellín. Luego me fui para París, que es otra forma de periferia, pues el París que yo viví era totalmente desmitificado literariamente hablando: había muerto [Julio] Cortázar [1914-1984], quedaban solamente Juan José Saer [1937-2005] y Héctor Bianciotti [1930-2012], y de Colombia, Julio Olaciregui [1951-]. Por otro lado, que no hay que desdeñarlo, el aspecto

universitario, el ser profesor de universidad y escritor, eso también ha sido despreciado por ese centro de poder. Mario Mendoza es tenaz con la universidad porque la crítica académica le ha dado muy duro a sus libros.

### **Ser periodista es un paso necesario para ser escritor...**

**P.M.:** Para ser reconocido por el centro bogotano, ese tipo de escritor debe pasar por el periódico y escribir columnas.

### **¿Le interesaría pertenecer a ese “centro”?**

**P.M.:** Creo que no. A mí siempre me ha gustado escribir sobre libros, no hacer una columna, no tengo ese perfil ni esa facilidad. No estoy enterado del mundo, aunque yo sí leo los titulares todos los días: *El Tiempo*, *El Colombiano*, *El Espectador*, *Le Monde y Libération*.

### **¿Las ferias del libro son también un requerimiento?**

**P.M.:** A mí nunca me han invitado a ninguna de esas ferias, solamente a la de Medellín, Bogotá y Bucaramanga, porque soy santandereano. No he ido ni a la de Cali ni a las internacionales. Ahora, con el premio, me invitaron a la de Lima.

### **¿Cómo ha sido su relación con los periodistas desde que ganó el premio Rómulo Gallegos?**

**P.M.:** De los periodistas que cubrieron el premio, ninguno había leído la novela. Uno me preguntó que si era mi primer libro. Esta gente es la que ha mediatizado todo este evento. Ellos han guardado silencio. Darío Ruiz me decía: te van a levantar un muro de silencio. Hubo una entrevista en Caracas, de una chica que se tomó el trabajo de hablar con Juan Gabriel Vásquez, Santiago Gamboa y Jorge Franco. Resulta que todos me conocían y me habían leído. Vásquez y Franco dijeron cosas muy interesantes. Para los escritores no soy desconocido, ellos saben quién soy.

### **Usted se arriesga en campo minado: es autor y a la vez escribe crítica literaria y cinematográfica (Sumas y restas de Víctor Gaviria o Los colores de la montaña de Carlos César Arbeláez).**

**P.M.:** Baldomero Sanín Cano decía que la crítica literaria es el arte sutil de hacerse enemigos. La crítica

debe ser un trabajo de valoración y en esa valoración hay muchas variables: primero está tu radar y te puedes equivocar, es un riesgo que uno asume; recoger la opinión de quienes están cerca de ti. Quizás en *Los colores de la montaña* fue porque la vi en París con cinco amigos y todos salimos aburridos de la película. De pronto fui un poco excesivo en esa nota.

### **¿Está preparado para la crítica que se viene?**

**P.M.:** Claro, si resistí el ninguneo durante veinte años. Yo no me meto con escritores sino con su obra. La crítica literaria es fundamental, que se vea, la literatura hay que valorarla. De lo contrario, vienen los jóvenes y leen todo eso que les ofrecen los medios de comunicación y las editoriales comerciales: no tienen ninguna perspectiva. Como decía [Álvaro] Cepeda Samudio, los críticos son parásitos de la literatura. Los críticos son pertinentes, pero a veces se equivocan. [Charles Augustin] Sainte-Beuve, por ejemplo, no vio a Stendhal, habló pestes del primer hito de [Marcel] Proust. Pero vio a [Gustave] Flaubert.

Montoya evoca un encuentro de escritores en el cual fue invitado al Jardín Botánico de Calarcá, en compañía de William Ospina. Compartieron el día, hablaron de sus vidas, y al despedirse, mientras estrechaba su mano, el autor de *El país de la canela* (premio Rómulo Gallegos 2009), le dijo: “Pablo, se me olvidaba decirte una cosita: leí tu libro sobre la novela histórica, es un libro serio, de crítica, valiente. Te felicito”.

*Novela histórica en Colombia 1988-2008: entre la pompa y el fracaso*, es muy fuerte con *Ursúa*, la obra del escritor tolimense. “¡Que lección tan fuerte me dio este personaje!”, reflexiona.

En esa compilación de ensayos, Pablo Montoya presta atención especial a los autores que han sido silenciados por la gran industria editorial y los medios masivos. Hace el balance de veintiún novelas históricas y, en los capítulos donde se la juega para hablar bien de las obras, se refiere a escritores poco reconocidos, como Mario Escobar Velásquez (*Muy Caribe está*) o Álvaro Miranda (*La risa del cuervo*).

“En Miranda, por ejemplo —explica Montoya—, está manifiesta una unión entre fantasía e historia. Lo que fluye es la narración. Al mismo tiempo, la poética y el humor están presentes”.

## V

8 a.m. Periferia de París. Un flautista colombiano de veinte años entra a una estación, los pasillos están atestados de gente a la espera el próximo tren, rumbo a su lugar de trabajo. Con paso furtivo, el joven sortea la vigilancia. Los vendedores de periódicos de la asociación sin papeles lo miran de reojo. Recostado en una pancarta publicitaria, un mendigo alcanza a divisar la flauta, sospecha que ese transeúnte le puede hacer competencia, pasa a su lado, y le clava un codazo. Finalmente, el muchacho logra escabullirse hasta un vagón. Desenfunda su instrumento musical.

Comienza el recital urbano. Las chicas que pulen el maquillaje de sus mejillas frente a un espejito y los señores que acaban de sacar la prensa matutina de su gabán suspenden actividades. Algunos permanecen indiferentes, otros disfrutaban la música, otros tantos miran con desprecio. *Attention à l'interdiction. Mon Dieu!*

Lo único que faltaba: entra la policía al vagón. Aunque tiene el tiquete de tren y sus papeles en regla, el flautista siente un escalofrío súbito. La autoridad nunca le ha cobrado multa por tocar dentro de los vagones, pero siempre lo ha hecho abandonar el tren.

Los dos policías pasan ronda en el vagón, vuelven su mirada hacia el lugar de donde proviene la música, tan pronto se detiene el tren en la próxima parada, toman asiento.

Y le hacen un gesto al intérprete... para que continúe el concierto.

Después de vivir ocho años en Tunja, Pablo Montoya viajó a París. Entre 1993 y 2002 vivió en esa capital, donde obtuvo la maestría y el doctorado en Estudios hispánicos y latinoamericanos en la Universidad de la Nueva Sorbona-París 3.

Al llegar a Francia, Montoya se convirtió en un músico callejero, marginal: “Me quité el esmoquin, pasé a una categoría muy inferior”. Para cumplir el sueño de ser escritor en la *Ville lumière* tuvo que tocar en tabernas y calles, pasear perros, cuidar niños, hacer aseo en distintos lugares. Su último trabajo: profesor invitado en la Sorbona.

El primer mes vivió en las casas de distintos amigos, luego consiguió una alcoba en una estancia de refugiados políticos, a 45 minutos de París. En 1994 se mudó a una residencia estudiantil, en

*Tríptico de la infamia* fue justamente nominado al Premio Biblioteca de la Universidad Eafit. Su autor es uno de los literatos más serios de Colombia y me he alegrado mucho con su Premio Rómulo Gallegos. Tengo el honor de haber sido el editor de uno de sus libros, *Cuaderno de París*. Pablo Montoya se merece más lectores de los que ya tiene.

Héctor Abad Faciolince, para *Revista Universidad de Antioquia*

Finalista del Premio Rómulo Gallegos 2015

compañía de quien entonces era su esposa, la escritora Miriam Montoya, y de su hija, Sara.

Fue padre a los veintidós años. Sara, nacida en Tunja, llegó a París a los ocho. Durante siete años, los tres vivieron en un apartamento de treinta metros cuadrados. “La relación con mi hija mayor [hoy tiene 29 años] es muy particular: la amo entrañablemente —afirma el escritor—. Soportó mi precariedad y mi errancia: eso la afectó mucho. Eloísa, la hija nueva, es hija de la madurez. Para ella soy abuelo casi. Es una hija que está aprovechando mi confort, por así decirlo”. En Boyacá, lavaba los pañales de tela de su bebé, la llevaba de un lado a otro. Eloísa tiene una niñera.

“Sara es una guerrera. Educada para estar sola, laica, fuera del país. ¿El fruto de todo eso? ¡Que la perdí!”. Sigue un prolongado silencio, parecido a la resignación.

En el año 2002, la madre del escritor enfermó. El entonces profesor universitario en París

solicitó una licencia de dos semanas para visitarla. Tres días antes de regresar al trabajo, le avisaron que había sido aprobado su ingreso como docente a la Universidad de Antioquia. Sin suerte, se había presentado tres veces anteriormente.

Pablo se acercó a Mariana y le susurró: “Mamá, me vengo para Colombia”. “Bendito sea el Señor”, respondió.

Dos horas después, ella entró en coma.

En la actualidad, Montoya es profesor de la Alma Máter. Imparte las cátedras de Literatura francesa, Literatura latinoamericana y Literatura colombiana; dicta seminarios de autores como Carpentier, Cortázar, Flaubert, Camus y Yourcenar; de novela histórica y cuento colombiano del siglo xx. Además de la Universidad de Antioquia, enseña en Eafit, y ha sido profesor invitado por instituciones de Argentina y Francia.

Como docente, necesita el contacto con los alumnos porque “rejuvenece, refresca y oxigena”. Sin embargo, lamenta algunas condiciones actuales de la academia, pues es muy especializada, tiene que rendirle cuentas a Colciencias y obliga a publicar artículos académicos en revistas indexadas: “Todo eso me parece una gran farsa”.

### ¿Qué significa Francia para usted?

**P.M.:** Mi primer trabajo en Francia fue tocar en el metro. Quince días después de haber llegado a París me quedé sin dinero, tuve que mandarle los ahorros a la que era mi mujer, ella estaba en Tunja con mi hija. Me metí al metro a tocar flauta con varios guitarristas, lo hice durante un año y medio. Tocaba música colombiana, andina, vallenatos, cumbias. Me iba bien, pero sentía que estaba mendigando. París era durísima.

### ¿Cuál era su relación con otros escritores latinoamericanos?

**P.M.:** Cuando llegué a Francia, rápidamente me contacté con un grupo de escritores latinoamericanos con una tertulia. Uno de ellos, Efer Arocha, tenía una editorial que se llamaba Vericuetos, todavía existe. Empecé a ir a las tertulias. Yo llevaba en la maleta los *Cuentos de Niquía*. En 1996, Efer me publicó ese, mi primer libro, escrito en 1993 (periodo de tiempo en que estuve acomodándome a la ciudad). La primera reseña de un libro mío apareció en la *Revista*

*Universidad de Antioquia*, la hizo Andrés Burgos, cuando la dirigía Héctor Abad.

### Y el ideal romántico de los escritores en París...

**P.M.:** Yo sí la había idealizado un poco. Cortázar llegó y vivió en la *Cité Universitaire*, se contactó rápidamente con la Unesco. García Márquez tuvo aparentemente una época difícil. Finalmente me enamoré de París, *porque te quiero te aporrio*. Me hace falta París.

## VI

Y de súbito sientes que alguien te acoge. Ser de ojos oblicuos y manos invisibles que pasean por tu sangre. Y es como si el mundo, esa pequeña morada que solo es tuya, transcurriera sin reproches. La gata blanca, de orejas negras, duerme plácida bajo tus dedos que la hurgan. El verde de las plantas que, más allá del enrejado, rutila con la luz tardía de la plenitud. Corre el agua de una alberca que no ves, ajena al tiempo, aunque ella mida sus meandros sin fin. Alejandra lee un poema y languidece bajo las letras que le acarician los párpados. Tu corazón palpita y es la prueba irrefutable de que un día dejará de hacerlo. Pero ahora lo hace con una serenidad indestructible. Los acordes del clavecín siguen deslizándose. Como un caudal remoto y también reciente. Tú lo oyes. Y, sabiendo que allí respira la felicidad, te sumerges en él.

Couperin, *Programa de mano* (2014)

Él la llama “Alejandra”, con todas las letras.

“Nuestro amor ha sido un amor de película: tranquilo, feliz. Es una relación constructiva”, comenta Alejandra Toro, esposa de Pablo Montoya y madre de su hija menor, Eloísa.

La investigadora y docente de la Universidad Eafit conoció a quien sería su marido hace doce años, cuando fue su alumna en la especialización en Hermenéutica literaria. Había leído *Razia*, pero no asoció de inmediato la obra con el nuevo profesor.

Después de la culminación del semestre, algunas compañeras obraron como “celestinas” para que Alejandra y Pablo coincidieran en una salida en grupo...

La pareja vivió dos años en París y dos meses en Frankfurt. Con su esposa y la pequeña Eloísa,

la cotidianidad del escritor ha cambiado de formas insólitas: aprendió a conducir a los cincuenta años, pensando en alguna *eventualidad* con la niña (para Montoya, ir al supermercado solo, al volante, es casi una aventura).

No obstante, Alejandra es quien se encarga de lo práctico en el hogar y diligencias profesionales de Pablo, para que él se pueda dedicar tranquilo a la escritura: “Él sería capaz de hacerlo, pero no le gusta enredarse ni con llamadas ni con gente”.

### ¿Por qué Pablo Montoya no tiene un agente literario?

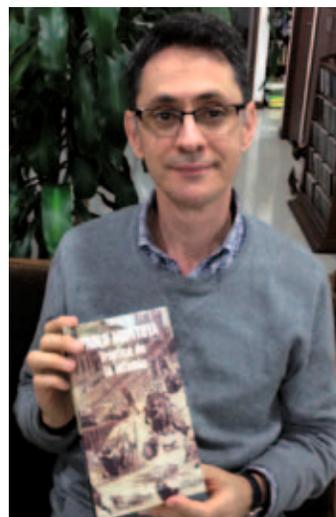
“Porque no se considera un escritor comercial. Ha habido unos dos o tres intentos, por iniciativa de otros escritores, tal vez pensando que esa era la salida. Pero los agentes lo han rechazado, algunos dicen: ‘esta no es la literatura que quiero promover’ o ‘usted no es muy conocido’. Otros ni siquiera han tenido tiempo para mirar”, cuenta Alejandra.

Los libros de Pablo Montoya comienzan con sus ideas, pero los “arma” una vez las discute con su esposa. Alejandra recuerda que, en un café en Buenos Aires, Argentina, contemplaron la posibilidad de escribir sobre Francisco José de Caldas; ella le sugirió relacionar el relato con la actualidad, pensaron en los amigos del liceo. De ahí surgió *Los derrotados*. En el caso de *Lejos de Roma*, estaban en Nuquí. Él buscaba narrar una historia en torno a Ovidio y al exilio. En una caminata, se detuvieron a jugar con los cangrejos en la playa, a darle vueltas a la idea. Esa tarde, en una hamaca, Pablo escribió a mano un capítulo en su libreta.

“Cuando está escribiendo, la tiene clara. Si ya tiene el plan, lo más difícil es encontrar el tono —dice ella—. Cuando escribe, se dedica de lleno, en periodos largos. Es disciplinado, eso tal vez le quedó del doctorado. Es difícil proponerle otras actividades como ir a cine”. La reescritura es lo que consume más tiempo.

Si bien en otra época aplicaron la dinámica de lectura en voz alta, estilo taller de literatura, ahora no es posible por la atención que requiere Eloísa. En los periodos de trabajo muy intenso, Alejandra le insiste en el descanso, inclusive de la lectura misma: “Mi tarea también es cuidarlo”.

Pablo Montoya pasó varios años con angustia por ser publicado, por la falta de lectores



### Obras publicadas

#### Libros de cuentos

*Cuentos de Niquía*, 1996

*La sinfónica y otros cuentos musicales*, 1997

*Habitantes*, 1999

*Razia*, 2001

*Réquiem por un fantasma*, 2006

*El beso de la noche*, 2010

*Adiós a los próceres*, 2010

*Adagio para cuerdas*, 2012

#### Poesía

*Viajeros*, 1999

*Cuaderno de París*, 2007

*Trazos*, 2007

*Sólo una luz de agua: Francisco de Asís y Giotto*, 2009

*Programa de mano*, 2014

#### Novela

*La sed del ojo*, 2004

*Lejos de Roma*, 2008

*Los derrotados*, 2012

*Tríptico de la infamia*, 2014

#### Ensayo

*Música de pájaros*, 2005

*aUn Robinson cercano, diez ensayos sobre literatura francesa del siglo XX*, 2013

*La música en la obra de Alejo*

*Carpentier*, 2013

en Colombia: “Entró en una crisis en su ser de artista, en un medio en el que prima el mercado sobre el arte. Fue su periodo más difícil como escritor. Era monotemático”. Con *Lejos de Roma* Montoya albergó la expectativa de que por fin las editoriales habían reconocido su obra. Pero hubo poca divulgación y Alfaguara no volvió a publicar la novela, a pesar de que los lectores la reclamaban. El libro regresó a las librerías con el sello de Sílabas. Después escribió *Los derrotados*, obra que recibió de algunos editores respuestas como “eso es muy literario” o “no es comercial”.

“¿Será que estamos equivocados vos y yo?”, se preguntaba la pareja con frecuencia.

“A Pablo lo han reseñado más afuera —afirma la esposa—. Ha habido trabajos muy buenos y de gente muy prestigiosa entre los críticos argentinos que están leyendo y replicando su obra a partir de fotocopias”.

Tao, un gato criollo, y Pixel, de raza birmana, merodean por la casa, mientras Pablo Montoya revisa su biblioteca. El estudio está lleno de cajas de libros, le hace falta instalar más anaqueles. Queda mucho por desempacar. Calcula que tiene dos mil libros. Su mundo literario está organizado por países y, dentro de esa geografía, por orden alfabético de los apellidos de los autores. Primero está Francia y, a partir de ahí, la letra A empezando por Alemania. Montoya sabe muy bien qué albergan sus estantes, y si algo desaparece, lo detecta de inmediato. Presta libros, sobre todo a los estudiantes, pero su desprendimiento ha tenido consecuencias: el gato de un alumno acabó con su colección de la obra de Rulfo.

Algunos libros son especialmente entrañables para el escritor: de la pequeña biblioteca de su padre, conserva los Clásicos Jackson (perdió algunos en los saqueos de la casa de Niquía, pero los ha ido recuperado en anticuarias). Así mismo, desde 1983 guarda la colección de Aguilar de Herman Hesse. Entre los diecisiete y los veinte años, Pablo perteneció al Club Los Tiburones, por aquel entonces daba clases de natación en Comfama; con el dinero que ganó se compró el primer tomo de las obras completas de Dostoyevski, editado por Aguilar.

Pero hay otra biblioteca muy importante para él...

En 1989, se abrió la biblioteca comunitaria Barrio Santander, ubicada en la Comuna 6 de Medellín. Durante varios años, Pablo Montoya cubrió los gastos por servicios públicos del lugar. Hoy se sostiene con reciclaje, algunos proyectos del presupuesto participativo, bazares y empanadas que la madre de Alejandra, Emilia Murillo, hace cada ocho días. Montoya ha donado a la biblioteca los libros de Colcultura de su madre y la Colección Ariel Juvenil Ilustrada, entre otros.

El novelista medita y hace yoga. Acepta que es un poco hipocondriaco (sufre de la tiroides, lo cual no es imaginario y afecta seriamente su alimentación), y siempre se asegura de tener la compañía de su bioenergética antes de mudarse. Su casa actual, ubicada en el barrio El Dorado, en Envigado, es de paso. Anhela construir una vivienda con un estudio especial para retomar la flauta travesa.

Se reconoce ajeno a los valores antioqueños del gregarismo y la familiaridad. Considera que Medellín cuenta con un círculo librepensador, pero en general su población es muy conservadora: “Un conservadurismo que se da sus licencias: es una ciudad que respira lascivia por todos lados, es muy lujuriosa. Y es permisiva. Hay una cosa que se rompe: la sexualidad es de una pujanza y una libertad impresionantes”.

No se atrevería a afirmar que es ateo, las religiones le interesan desde una perspectiva cultural. Le cautiva el budismo porque no acepta la culpa, “porque Buda se ríe, no es golpeado, puede uno creer o no creer en dios, porque es un sistema de creencias que está fundando en que todo es apariencia, todo es ilusorio”.

Cada vez que termina un libro, se pregunta cuál será el siguiente. Nunca ha escrito un libro bajo contrato. “Juntos hemos hecho el mapa de los libros que tiene por escribir. Él necesitaba saber que su obra se leía: el Premio Rómulo Gallegos significa el triunfo del arte”, concluye Alejandra Toro.

¡El mundo de Pablo Montoya ha sido descubierto!

La conquista apenas comienza. ■

---

Ana Cristina Restrepo Jiménez (Colombia)  
Periodista independiente y profesora de la Universidad Eafit.